LAS COSAS CLARAS

Visto el auge de la narrativa sudamericana en nuestro país, nos permitimos ofrecer a la consideración del lector algunos párrafos que dejan bien sentado que a nosotros, ante todo, lo que nos gusta es que lo que se tiene que decir se diga de una vez, hablando clarito, sin más.

Y nos mandamos una farra de la madona, que había sido baquiano pá los güesitos, ¡qué leche tiene el coso!

No te aflijás, qué macana, se le pasará el camote. Pavadas, con un bufoso en la mano ni te chillan del julepe. Se me trenzó con una turrita alzada y si te retoba, mirá, un lambón que sos, un chambón.

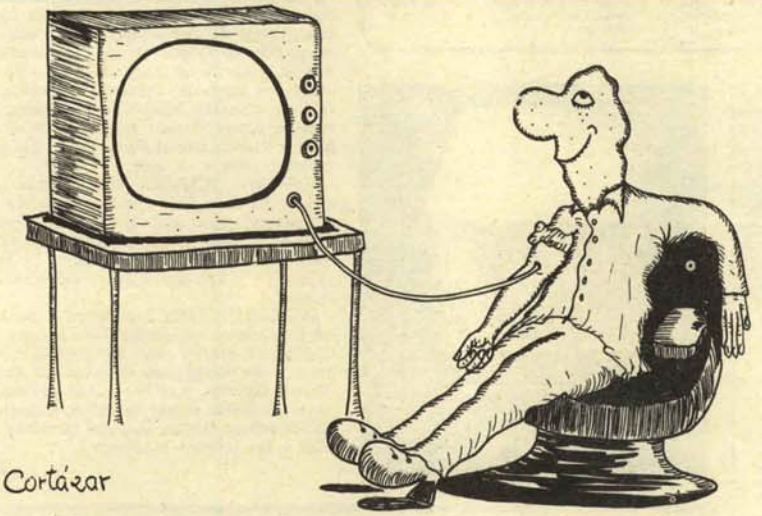
Se fue con la patota y endispués le ladró: Mandate mudar o te achato contra el piso.

Ayercito entoavía le dispertaba, pué, a las jonce. No seas pavo, decímelo tó, m'hijo.

La pucha que estás chancho pó, macarrón trompeta; andá vos, pichoncita, cebá mate, no seas paqueta.

Y lo digo para que conste. Pué.

EL SOPPAS



El «show» de los premios literarios

I. EL JURADO

En el tablado de la lotería intelectual contemporánea una de las cosas más fascinantemente irracionales y desmedidamente zascandiles que se encuentra es la composición de un jurado literario. A él son llamadas todas las aves psitáceas del cotarro cultural: cotorreras academicistas, papagayos bibliomaníacos, zapoyolitos de la «gauche divine» y demás cacatúas dogmáticamente exhibicionistas. No es por tanto difícil reunir en un mismo jurado a un agente de la CIA, un censor insolvente, una lesbiana bilingüe, un contrabandista en piensos demagógicos, un separatista integrado, un revolucionario burgués e incluso un vivalavirgen folletinesco. Eso cuando el jurado no está infiltrado, además, por un sacerdote posconciliar, una duquesa alumbranoches y un buen apellido del espionaje industrial. Entonces, se conduce todo el ganado a una habitación secreta para que juren solemnemente que no leerán los originales presentados al premio, se les permite beberse el manso y, una vez ebrios los dignos componentes, barájanse las recomendaciones, repártanse los sobres, condénanse a los puristas y las distintas ideologías se ponen a coitear entre sí como descosidas. Todo en favor de la literatura, claro. Faltaría más.

II. EL CANDIDATO

El candidato es un animal doméstico y poco respondón. En un principio reconoce que sus méritos personales son los más a tener en cuenta, bien porque pertenezca a una clase permisiva, bien porque pase más h a m b r e que un pobre anarquista sometido a busca y captura. El candidato, desde la sombra, mueve todos los hilos habidos y por haber con tal de que no se haga justicia al resto de los candidatos. Para ello no escatima recursos. Los acusa de plagiarios, de homosexuales, de oficialistas, de vanidosos, de mendicantes, vamos, de lo que haga falta. Miente, escupe y hasta mata, siempre desde la sombra y sin dar la cara por supuesto, pues sus manos han de posarse sobre el codiciado galardón al precio que sea. Porque cuando un escritor se presenta a un premio se vuelve absolutamente salvaje, aunque revista un amojonamiento de humildad bíblica. Pero, ya digo, todo es válido. El autor despliega sus cachas a diestro y siniestro y se pasa el día diciéndoles a los del jurado que competencia como la suya no se halla ni en las mejores páginas de Dostoyevski. Les hace carantoñas también, les limpia la caca haciendo hincapié en la belleza e imaginación que se contiene en su sabiduría. Es que el premio significa la fama y la fama, bueno, la fama es la leche.

JIMMY CORSO